

RUIZ, A. i MOLINOS, M., 1984, Elementos para el estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del alto Guadalquivir durante el Horizonte Ibérico Pleno (un caso de sociedad agrícola con estado). *Arqueología Espacial* 4, 187-206.

SALA SELLÉS, F., 1996, *La cultura ibérica de las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI y III a. de C.*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alacant.

UROZ SÁEZ, J., 1981, *Economía y sociedad en la Contestania Iibérica*, Diputación de Alicante, Alacant.

Joan Sanmartí i Grego

---

QUESADA SANZ, Fernando y ZAMORA MERCHÁN, Mar (eds.), *El caballo en la antigua Iberia (estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro)*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 19, Real Academia de la Historia y Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2003, 253 p.

---

La colaboración editorial entre la Real Academia de la Historia y la Universidad Autónoma de Madrid ha hecho posible el libro que nos ocupa, inscrito en la espléndida serie de temas peninsulares *BAH*, colección que alcanza ya los 19 títulos en sus primeros cuatro años de existencia. *El caballo en la antigua Iberia* aborda un tema necesitado de una revisión en nuestro actual panorama historiográfico; tal objetivo se cumple mediante una serie de capítulos independientes, fruto del trabajo de diversos estudiosos y especialistas que, desde metodologías y ciencias muy diferentes entre sí, tienen en común un mismo objeto de estudio. La labor ya estaba finalizada a principios de 2001, según se desprende de las referencias bibliográficas y de la fecha del primer capítulo, aunque no ha visto la luz hasta abril de 2003.

El profesor Quesada es uno de los más sólidos investigadores actuales en cuestiones relacionadas con el armamento antiguo peninsular, ampliamente conocido por los estudiosos de las culturas prerromanas hispánicas, gracias a su abundante y siempre sugerente bibliografía. Por consiguiente, y sólo para aquéllos que se dediquen a otras parcelas del saber, evocaremos su fundamental obra *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)* (1997), a la que debemos añadir la codirección editorial de *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a.C.)* (2002) y el libro virtual *Caballos, armas y dioses en la cultura ibérica* (2001) en <http://www.ffil.uam.es/equus>. Todo ello avala su formación para tratar aquí un destacado complemento militar.

Es precisamente Fernando Quesada quien abre el volumen con un capítulo donde resume la dinámica de los estudios sobre el caballo antiguo en nuestra Península. Si se nos permite un símil con la materia de estudio, diremos que durante siglos aquéllos marcharon al paso de las abundantes referencias contenidas en las fuentes literarias, única información disponible. Iniciado el siglo xx comenzaron a trotar al tiempo que se incorporaban

imágenes esculpidas, exvotos de bronce, iconos monetales y fíbulas. Pronto se entró en liza sobre los posibles cultos peninsulares relacionados con el ámbito equino, pero más de una vez estos se enredaron, mezclando sin ningún miramiento datos procedentes de diferentes culturas peninsulares y de cronologías varias. Además, las iniciales galopadas en las tres primeras décadas del siglo no llegaron más lejos de la descripción de los bocados hallados en las necrópolis celtibéricas. El arte de la doma se volvió audaz mediada la centuria, principalmente de las riendas de autores como J.M. Blázquez, que supieron comprender cómo detrás del caballo se escondía todo un mundo religioso y ritual, al tiempo que se procedía a comparar la iconografía peninsular con los ámbitos céltico y mediterráneo. Algún autor contemporáneo, como E. Cuadrado, incluso llegaba a indagar por primera vez las implicaciones sociales que los équidos comportaban. Aparentemente resueltos los grandes temas, en los años 60 parecía todo dicho y se entró en un tiempo de estabulación. Felizmente se volvió a espolear el tema en la segunda mitad de los 80 y primeros 90 mediante la inclusión de «nuevos parámetros», principalmente la asunción de la necesidad de distinguir períodos y regiones, pero también la exigencia de una mayor minuciosidad en los análisis iconográficos, al tiempo que, por primera vez, se incorporaban los resultados procedentes de los estudios de otras disciplinas científicas.

En ese ambiente de renovación se enmarca un proyecto sistemático sobre el caballo en el mundo ibérico dirigido por Quesada, del que el presente libro es uno de sus resultados más notables, aunque no el único ciertamente. El mencionado proyecto busca suplir la ausencia de *corpora*, al tiempo que rompe con un falso cuadro, homogéneo y monolítico, respecto al empleo del caballo en toda la Península y a lo largo de seis siglos o más. La primera tarea consistió en la creación de bases de datos informatizadas de los soportes y de las representaciones de caballos en el mundo ibérico (DGICYT PB94/0189); más tarde se amplió al análisis a las fuentes literarias (PB97/0057). Las interrelaciones con la Meseta aconsejaron extender el estudio a Celtiberia y Extremadura; también se incorporó el estudio sistemático de las ingentes cantidades de arreos de caballo de la Edad del Hierro depositados en los museos de Madrid. Con todos los datos así obtenidos se ha podido organizar el SGDE (Sistema de Gestión Documental *Equus*), conjunto de siete bancos de datos relacionables: Iconografía, Arreos, Monedas, Fauna, Fuentes literarias, Bibliografía y un sistema adicional de relación a partir del *software* SIG (Sistema de Información Gráfica).

Fernando Fernández Gómez, del Museo Arqueológico de Sevilla, es autor del segundo capítulo, dedicado a los caballos de Luque (Córdoba). El trabajo constituye un espléndido documento que da a conocer, por primera vez, sesenta relieves de caballos de un tipo específico, fruto de una recogida no científica y posiblemente asociados a un santuario. Una vez aclarado el lugar y condiciones de hallazgo, así como la posible relación con otros 17 relieves, objeto de publicación en 1989 por E. Cuadrado y E. Ruano, los iconos y sus soportes son descritos con gran rigor y precisión. Acompaña al catálogo un estudio sobre la individualidad de las piezas, su arte y sus paralelos. La tosca factura general de las representaciones indica que los grabadores realizaban las imágenes de memoria; también se llega a sugerir que una parte fuera realizada por los propios depositantes del exvoto, aun-

que sin descartar artesanos más o menos especializados. Las piezas parecen ser exentas; sólo en algunos casos formaban parte de urnas líticas. Los caballos se representan en marcha, raramente con manta, ocasionalmente con las crines y en muchas ocasiones con indicación de sexo. Más allá de la temática equina, el trabajo tiene otro valor añadido: amplía notablemente el *corpus* de relieves ibéricos.

En el capítulo 3, la Dra. Alicia Arévalo, de la Universidad de Cádiz, realiza un estado de la cuestión sobre los diferentes aspectos que rodean a la iconografía del caballo con jinete en la moneda ibérica. La autora recalca el hecho de que las emisiones de la Ulterior acostumbren a presentar el jinete a la izquierda y con escudo, mientras que en la Citerior el jinete corre a la derecha sin escudo. El trabajo recoge las abundantes polémicas entre especialistas, p. e. las tempranas emisiones con caballo de *Itirkesalir*, con prototipos tarentinos y metrología ampuritana, que unos fechan en 218 a.C. (Villalonga) y otros desde 195 a.C. (García-Bellido). Arévalo concluye que la iconografía tradicional del jinete ibérico surge de forma autóctona en la ciudad de *Kese*, tras recoger ideas que circulan por todo el Mediterráneo: precedentes púnicos, prototipos en los bronce de Hierón II de Siracusa e, incluso como ha señalado recientemente M. Almagro Gorbea, en los jinetes de las emisiones macedónicas. El trabajo resume la controversia sobre el origen del denario ibérico y de la iconografía asociada, para unos una imposición romana en la Citerior fruto de una organización fiscal (García-Bellido), para otros una creación autóctona reflejo de las elites de *equites* que regían las ciudades hispanas que acuñaban moneda (Martín Almagro).

El capítulo 4, a cargo del Dr. Juan Francisco Blanco, de la Universidad SEK de Segovia, prosigue con las cuestiones iconográficas, ahora relacionadas con las abundantes representaciones de caballos en la Meseta Norte. La aportación constituye un documentado catálogo de las representaciones pintadas (figuras completas, prótomos y tipos especiales), équidos modelados en arcilla (vasos, morillos, pesos de telar y figuras aisladas), representaciones sobre soportes metálicos (armas, adornos personales y objetos diversos), representaciones sobre hueso y, finalmente, cecas identificadas en la región. Son excluidas las fíbulas de caballito (estudiadas recientemente por M. Almagro Gorbea y M. Torres) y las estelas, de cronología tardía. Las imágenes son ordenadas por grupos, dentro de sus soportes, siguiendo un principio de más naturalistas a más esquemáticas mientras sea posible reconocerlas. Blanco renuncia a una clasificación cronológica, pues en la mayoría de los casos se carece de datos precisos. A destacar el cuadro final, auténtico catálogo con las correspondientes referencias bibliográficas. Más discutible es la afirmación sustentada por el autor respecto a que los artífices de las imágenes siempre las tomaron de modelos naturales, aunque sin duda puede ser acertada otra idea apuntada: en general son más antiguas las imágenes esquemáticas, que llegaron a convivir con las naturalistas, coincidiendo con el desarrollo de sus elites ecuestres, la apertura de la región al exterior y la influencia monetaria.

Tomando como punto de partida la citada base de datos SGDE, en el capítulo 5 Irene Seco Serra y Jesús de la Villa Polo reúnen las fuentes literarias que mencionan los caballos o la caballería hispanos, eliminando las entradas de ejércitos en general o caballeros de procedencia no específicamente hispana. Un esfuerzo así justifica sobradamente el trabajo: al

final se dispone de 111 citas textuales recogidas en un apéndice. El lector seguramente se rendirá ante el evidente consejo de no mezclar lo que diga Jenofonte, en la primera mitad del siglo IV a. C., con la problemática desarrollada por los autores tardorromanos ocho siglos después; pero si es más exigente y va más allá de cierta ingenuidad generalizada en el manejo de las fuentes antiguas, evitará caer en la simplicidad de considerar a los antiguos como contemporáneos de su información. En cualquier caso, se echa en falta la tutoría de expertos en Historia Antigua, que habrían evitado algunos errores: el Bronce de Áscoli no fue hallado en esa ciudad —lo fue en el Foro romano—; los jinetes allí mencionados no son celtíberos, sino que mantienen una filiación ibero-vascona (es bien conocido el papel desempeñado por ese documento para descifrar la onomástica ibérica); y también habrían ahorrado inexactitudes en los años de las revueltas indígenas. Más desconcertante es la omisión de pasajes sobre jinetes hispanos en el listado final, p. e. la participación de caballeros en la muerte del catilinario Cn. Calpurnio Pisón en 64 a. C. (Salustio, *Cat.* 19). A pesar de esos problemas, el trabajo reúne elementos útiles y una innegable voluntad de separar la paja del grano. Por ello se aborda aparte la cadena de fuentes de naturaleza etnográfica, base de los *topoi* referidos a la Península (la fecundación de las yeguas por el viento, el caballo asturcón, etc.), de la información de carácter militar y técnica. Esta última, aunque con serias limitaciones, sirve para desarrollar una idea esbozada por el profesor Quesada: la proporción de infantes y jinetes es, en términos generales, constante de un autor a otro y puede ser indicativa de una realidad. Los hispanos habrían desarrollado un grado de utilización notable de la caballería, de 8,5:1 infantes/jinete, intermedia entre la proliferación de los púnicos (4:1) y el papel secundario a la que la redujeron los romanos (13:1). Más difícil es aceptar la posibilidad de escasez de caballos en la Península en tiempos tardorromanos, sobre la base de una superada lectura del epistolario de Símaco. Se puede consultar, al respecto, la opinión contraria de J. Vilella en su estudio sobre las cartas del epistolario de Q. Aurelio Símaco enviadas a *Hispania, Spania*, 1996, 283-293.

En el capítulo 6 Irene Seco amplía una interesante idea apuntada en el apartado anterior. El renombrado caballo asturcón no era especialmente atractivo ni robusto, su fama procedía de una singularidad genética: la posesión natural del paso de ambladura (forma de movimiento en dos tiempos en la que el animal mueve a la vez la mano y el pie de un mismo costado), que se traducía en una mayor comodidad para el jinete. El hecho no pasó inadvertido en el mundo romano, hasta el extremo de entrenarse artificialmente caballos de otras regiones. El término asturcón pasó a denominar, de forma genérica, un caballo caro y especialmente entrenado; así se entienden el sueño de Nerón (Suetonio, *Ner.*, 46,1) o la mención de Petronio de un asturcón macedónico (*Satiricón*, 86).

El séptimo capítulo se debe a Mauricio G. Álvarez Rico, del Centro Universitario Villanueva de la Universidad Complutense, y aborda la controvertida cuestión del origen de la herradura. El autor realiza una muy documentada catalogación de los datos disponibles en el Occidente europeo, evidenciando un profundo conocimiento de la bibliografía extranjera. Mientras que los autores británicos aceptan una existencia prerromana y romana, en el continente reina el escepticismo que retarda su empleo hasta comienzos de

la Edad Media. Las fuentes literarias clásicas no las indican —o no reparan en ellas— y sí hablan de la utilización ocasional de hiposandalias, que, por otra parte, se han documentado arqueológicamente. La herradura con clavos no se menciona hasta las fuentes bizantinas del siglo IX y no se documenta arqueológicamente con completa seguridad hasta los hallazgos localizados cerca de Grenoble, ya en tiempos de Carlomagno. El debate de si hubo o no precedentes célticos y romanos surge en el siglo XIX y continúa en el XX. Por ello el autor se limita a exponer los hechos con prudencia: existen numerosos indicios aparecidos en excavaciones —al principio poco cuidadosas—, muchas ya para no tomar en serio el tema, aunque los detractores sigan confiando en una aparición entre los pueblos de las estepas con el fin de que los animales no se deslizasen en el hielo. En España el tema no ha despertado tantas pasiones, pero con igual método se revisan los antiguos descubrimientos del Marqués de Cerralbo y en particular una fotografía de Morenas de Tejada de una necrópolis de Requijada de Gormaz (Soria).

A continuación vienen tres capítulos con un mismo hilo conductor: el hallazgo del caballo ibérico de La Regenta (Burriana, Castellón), un esqueleto hallado en un enterramiento intencional, quizás un sacrificio, durante una intervención a finales del año 1990. En el capítulo 8 Norberto Mesado Oliver, del Museo Arqueológico Comarcal de la Plana Baja-Burriana, introduce al lector en la situación del hallazgo, su entorno y descripción. Aunque carente de elementos de datación, el caballo fue conducido mediante una gran anilla de bronce que atravesaba los ollares del animal, a modo de ronzal, más apta para conducirlo que para montarlo. La anilla, con unos cierres específicos, tiene paralelos en hallazgos procedentes de los poblados de La Serreta (Alcoi, Alicante) y Puntal dels Llops (Olocau, Valencia). Mesado añade interesantes paralelos iconográficos y, en la introducción, Quesada refuerza la propuesta sacrificial con la reproducción de fotografías de enterramientos análogos en Hungría noroccidental y zona véneta de los siglos II y IV a.C., respectivamente.

Los capítulos 9 y 10 se deben a Inocencio Carrión Montañana, del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia. El primero es un informe del proceso seguido en la restauración y musealización del hallazgo de La Regenta, el segundo un detallado análisis osteométrico del que resulta un caballo de unos 136 cm de altura de cruz, talla mayor que la de los ejemplares próximos de la Edad del Hierro y menor que en los casos de época tardorromana.

Sin perder el hilo conductor de la arqueozoología, en el capítulo 11 Pilar Iborra, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valencia, analiza los restos faunísticos, procedentes de una intervención urbana en la c/ San José de Alcalá de Xivert (Castellón), realizada por A. Oliver en 1990. Aunque se trata de una trinchera condicionada por la intrusión de elementos medievales y modernos, el grueso de materiales más destacados debe remontarse al siglo II a.C. El análisis evidencia la altura de cruz de 142 cm de los animales recuperados, que pudiera ser indicativa de un aumento de tamaño de la talla de los caballos coincidiendo con la romanización.

Remata este bloque el capítulo 12, por fin una aportación procedente de una excavación arqueológica moderna con garantías metodológicas. Nos referimos a la contribución de Xavier Gómez Flix, becario del Grupo de Investigaciones Prehistóricas de la Universidad

de Lleida, consistente en el análisis pormenorizado de dos enterramientos, sin fosa y bajo pavimento de vivienda, de sendos fetos de équidos, correspondientes a los niveles de la Edad del Hierro del hábitat fortificado de Els Vilars (Arbeca, Lleida), fechables con gran probabilidad en torno al siglo VII a.C. Esta localización tuvo lugar durante la campaña de 1999 y sirve al autor para retomar y situar en la misma fecha otros sacrificios de caballos en la zona, como los de la necrópolis de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer), aunque Quesada, en el capítulo inicial, se muestra escéptico, rebajándola al menos dos siglos y recordando, acertadamente, la conexión catalana con el mundo celta no sólo por el sacrificio de equinos, sino también extensiva al armamento, adornos e iconografía monetaria. Para La Pedrera remitimos a la reciente obra: J.L. Ribes, ed., *Sala d'Arqueologia. Catàleg*, IEL, Lleida, 2002, 197-201, 255-256.

Los dos últimos capítulos corresponden a trabajos desarrollados dentro del Proyecto SGDE. En el 13, María del Mar Gabaldón Martínez de la Universidad Autónoma de Madrid, acomete las novedades rituales y arqueozoológicas de los équidos en el mundo celta, término nada fácil de precisar, resuelto por la autora al centrarse en el ámbito galo. Comienza por indagar los orígenes del caballo en las Galias y su relación con las elites. Prosigue con un apartado dedicado a su utilización en la guerra, recogiendo la distinción propuesta por Quesada entre una caballería como elemento de prestigio y otra como arma, concluyendo que su utilización claramente militar dataría del último cuarto del siglo III a.C. y se habría desarrollado a lo largo de la centuria siguiente. Si los datos literarios son abundantes al principio del estudio, su lugar lo toman los análisis osteológicos, los datos recogidos en excavaciones arqueológicas y la iconografía; con ellos aborda los rituales, el papel que desempeñaron los caballos en los santuarios y necrópolis y las deidades que se pueden relacionar con esos animales.

Cierra el libro un estudio del Dr. José Ramón Carrillo Díaz-Pinés, de la Universidad de Córdoba, sobre la utilización del caballo en las ceremonias religiosas y en los juegos durante la República romana. El ritual más importante era el sacrificio a golpes de jabalina de un caballo de carro de tiro, vencedor de una carrera, acto relacionable con ceremonias militares de la época de los reyes. También existían otros festivales religiosos, no siempre cruentos, donde participaban équidos engalanados o en carreras: los *Equurria*, que marcaban el comienzo del año en el calendario arcaico, los *Ludi Tauri*, los *Consualia*, los importantes *Ludi Romani* instituidos por Tarquinio Prisco y el *Ludus Troiae*, de simbología militar. En Roma el culto a los gemelos divinos, los Castores, considerados los perfectos caballeros, sería el resultado de la influencia griega, que alcanzaría *Lavinium* desde 500 a.C. y poco después la misma Ciudad Eterna. Pero en las variantes y divergencias del culto es donde Carrillo mejor aprecia el trasfondo indoeuropeo de ambas culturas, aspecto analizado con numerosas referencias cruzadas. Llegados a este punto, el autor se arriesga a afirmar, mediante deducciones, que los gemelos en origen habrían sido conductores de carros, pero que en Grecia y Roma habrían derivado en jinetes al ritmo que las aristocracias de estas regiones trocaban su armamento.

*Ignasi Garcés Estallo*